

Ilse Aichinger

# El atado

Traducción y prólogo de  
Adan Kovacsics

ediciones del  
**subsuelo**

Barcelona 2024

Título original: *Der Gefesselte*

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main 1953

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2024**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

[www.edicionesdelsubsuelo.com](http://www.edicionesdelsubsuelo.com)

ISBN: 978-84-126572-6-5

Depósito legal: B 8613-2024

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

# Índice

Prólogo	9
Narrar en este tiempo	17
El atado	21
El pliego abierto	39
El cartel	49
El profesor particular	59
Ángeles en la noche	65
Historia en espejo	77
Historia lunar	89
El teatro en la ventana	99
Espíritu del lago	103
Allí donde vivo	111
Discurso bajo la horca	117
Nota editorial	125

## Prólogo

Hasta el final, todo en Ilse Aichinger es comienzo y por tanto prodigioso. En 1948, siendo ella una autora apenas conocida por unos escasos y breves textos publicados en periódicos vieneses, salió a la luz *La esperanza más grande*, una novela que había empezado a escribir poco después de que terminara la Segunda Guerra Mundial y que fue una de las primeras en dar forma literaria a la experiencia de la persecución y de las deportaciones de la población judía en Europa en aquellos años oscuros. De hecho, fue ella quien en septiembre de 1945 publicaba, en el diario *Wiener Kurier*, *La cuarta puerta*, el primer escrito literario que hacía referencia a los campos de concentración y exterminio y prefiguraba algunas de las claves de la que acabaría siendo su única novela. En realidad, con Ilse Aichinger comenzaba la literatura austríaca de la postguerra.

En 1951 empezó a participar en las reuniones del Grupo 47, formado por escritores alemanes y austríacos y empeñado en apoyar a autores jóvenes y una nueva literatura tras la guerra. Allí conoció a quien sería su marido, Günter Eich. En la reunión del grupo que se realizó al año siguiente en Niendorf, cerca de Lübeck en el norte de Alemania,

leyó su pasmoso relato «Historia en espejo», incluido en el presente volumen. Los oyentes aplaudieron encandilados y entregados y le concedieron el premio que se otorgaba anualmente. En los años anteriores los premiados habían sido Heinrich Böll y Günter Eich; en los posteriores lo serían, por ejemplo, Ingeborg Bachmann o Günter Grass. De pronto, Aichinger se convertía no sólo en una autora conocida en los ámbitos literarios vieneses, sino en un círculo mucho más amplio. Salía de esa cierta marginalidad que significaba por aquel entonces una Viena bastante aislada (Paul Celan estuvo en esa época en la capital austríaca pero pronto se marchó rumbo a París).

Ilse Aichinger había nacido en Viena el 1 de noviembre de 1921, hija de un maestro no judío y de una médica judía. Los padres se divorciaron en 1927, y a partir de entonces vivió sobre todo con su abuela materna. Después de la anexión de Austria en 1938, la hermana gemela de Ilse, Helga, logró salir del país con un transporte infantil rumbo a Gran Bretaña, pero el resto de la familia ya no lo consiguió, puesto que estalló la guerra. Fue entonces Ilse quien, siendo, según la legislación nacionalsocialista, una «mezta de primer grado», protegió a su madre. Ambas residieron en un cuarto que les fue asignado en un piso céntrico, no lejos, por cierto, de la sede central de la Gestapo en Viena, siempre con el riesgo de ser detenidas y deportadas. Deportadas y asesinadas fueron, sin embargo, la abuela y las tías maternas. Cuenta Ilse Aichinger que las vio en un coche abierto de transporte de ganado a punto de cruzar un puente en el centro de Viena rumbo a los *lager*. Cuando

gritó unas palabras de despedida a su abuela, la gente que presenciaba la escena se apartó.

Después de la guerra estudió medicina, pero dejó la carrera para dedicarse a la escritura precisamente de *La esperanza más grande*. Su obra empezó a conocerse en los ambientes literarios. En la época en que se integró en el Grupo 47 y participó en sus reuniones anuales inició también su colaboración con la Escuela Superior de Diseño de Ulm, creada por Inge Scholl, la hermana de Sophie y Hans Scholl, los miembros de la Rosa Blanca ejecutados en 1943 por el nacionalsocialismo.

En 1952 publicó en Viena la recopilación de relatos titulada *Discurso bajo la horca* y al año siguiente una versión ampliada: *El atado*, el libro cuya traducción al español sacamos aquí a la luz. A partir de allí fue dando a conocer sus obras con cierta regularidad, un volumen de poemas (*Consejo gratuito*), más recopilaciones de relatos (*Eliza, Eliza o Meine Sprache und ich* [Mi lengua y yo]), piezas radiofónicas, etc.

Una vez dado el asombroso y luminoso paso inicial que fueron *La esperanza más grande* y los relatos de *El atado*, lo que hizo fue volverse más escueta, despojada y sobria. Su obra se fue haciendo más y más concisa y concentrada. Hasta que llegó un momento en que dejó de escribir. De hecho, su deseo confeso era desaparecer. Su gran afición era el cine, a tal punto que a veces veía cuatro películas diarias. Allí desaparecía ella, en las salas de cine. A comienzos de nuestro siglo retomó la escritura, fue publicando textos breves, afilados, incisivos y a la vez encantadores en diarios vieneses, primero en *Der Standard* y luego en *Die Pres-*

se, que serían posteriormente recopilados en varios volúmenes.

Ilse Aichinger falleció el 11 de noviembre de 2016 a los noventa y cinco años de edad.

En el fondo, su obra está determinada por la experiencia de la persecución de la población judía durante la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, la voz de Aichinger es una de las más auténticas y más autorizadas. Uno de sus primeros textos publicados fue «Llamamiento a la desconfianza» (1946). La pérdida de confianza en el mundo es también lo que experimentó y examinó Jean Améry, otro autor que vivió en sus carnes la persecución. Dejaba de darse la confianza en el mundo y en la vida. Imre Kertész, en un apunte de la época en que comenzaba a esbozar su *Sin destino*, escribe: «La novela será en lo más hondo —en lo más hondo— un escrito hostil a la vida». Y algo de esto encontramos también siempre en Ilse Aichinger. Es el poso permanente de su existencia. «Existir no es ninguna ventaja», dice. Hay en ella un hondo deseo de no haber vivido y una actitud de radical oposición al mundo. La realidad «sólo se manifiesta cuando se la contraataca, cuando no se la reconoce, cuando no nos adaptamos», lo cual implica no conformarse con las verdades vigentes, con la realidad tal como se nos presenta, y conlleva por tanto la obligación de ser incómodos. «Hay que estar siempre fuera, nunca dentro. El mundo podría consistir únicamente en *outsiders*.» La postura de Ilse Aichinger es la de la resistencia, de la rebeldía, del inconformismo, del no. Esto comporta también una negativa a aceptar el lenguaje vigente. «Mi len-

guaje es una forma de anarquía», dice. «Tiene que haber más anarquía, la anarquía tiene que ir a más.» Recordemos a modo de anécdota que su marido Günter Eich, fallecido en 1972, quiso que sus cenizas reposaran en la tumba de Bakunin en Berna (su deseo, por cierto, no se cumplió por la oposición de las autoridades). La postura de rechazo de Aichinger se refiere no sólo a la sociedad humana, sino a la existencia en sí y a la naturaleza. De ahí la actitud radical de no inclinarse, de no someterse.

Una de las personas a las que volvió siempre fue precisamente Sophie Scholl, la joven estudiante que se enfrentó al nacionalsocialismo y acabó ejecutada. Cuenta Ilse Aichinger que cuando vio durante la guerra, en pleno centro de Viena, un cartel que comunicaba la ejecución de los miembros de la Rosa Blanca, «una esperanza insuperable dio un salto» hacia ella, y no era la esperanza de sobrevivir a la persecución, sino otra, más grande. Y recuerdo que una vez que me encontré con ella mientras traducía *La esperanza más grande* al español me llevó a su piso en la Herrengasse de Viena —donde en una habitación había, por cierto, una figura de Stan Laurel de cartón de tamaño natural— y me regaló el libro que estaba leyendo, una biografía de Dietrich Bonhoeffer, el pastor protestante y teólogo alemán que se había opuesto a Hitler y terminó ejecutado en abril de 1945. La vida de Bonhoeffer era para Aichinger una prueba y una señal, prueba y señal de esperanza: podía haber humanidad incluso en las circunstancias más difíciles, más extremas. Es más, según ella, la máxima esperanza, la «no falseada», se encontraba allí, en esas circunstancias.

Por eso su obra, que se caracteriza por la discreción y la radicalidad, que está colmada de situaciones a la sombra de la muerte, de situaciones de aislamiento y de soledad, está al mismo tiempo llena de una esperanza prístina, depurada, esencial. En el fondo reina allí una sutil alegría. Hay en Aichinger, a pesar de todo el filo y toda la dureza, siempre algo de un duende o algo de la niña Ellen, la protagonista de *La esperanza más grande*.

Decía ella que el tiempo de la guerra fue para ella también «el más feliz». «Lo que allí vi fue para mí lo más importante en la vida. El tiempo de la guerra estaba lleno de esperanza... La guerra aclaraba las cosas.»

Vio cómo se llevaban a su abuela, pero estaba segura de que volvería. No volvió. Por eso fue el tiempo posterior a la guerra también el más difícil.

La postura de rebeldía y de desconfianza frente al lenguaje establecido lleva a Aichinger a darle la vuelta a todo, a un lenguaje siempre presto a la paradoja. «¡Cuán inútil serías si no fuera inútil todo cuanto haces!», leemos en «Discurso bajo la horca». Y cuando se le pregunta por su actividad preferida, responde: «salvar a los ratones de los gatos». «Todo sería para enfermar de risa si todo no fuera para morir de risa», dice.

Tanto *La esperanza más grande* como los relatos reunidos en *El atado* trajeron un aire nuevo, inconfundible, único a la literatura en lengua alemana. Su voz es absolutamente singular. A pesar de participar en las reuniones del Grupo 47, nunca perteneció, de hecho, a ninguna corriente literaria. No se la puede etiquetar, no se la puede inscribir en un movimiento o tendencia. En su momento, se si-

tuó en un plano distinto que el de la llamada «literatura del desmonte» o «literatura de los escombros» que estaba entonces en boga, que se caracterizaba por un estilo conciso, muy a la manera de Hemingway, con descripciones sucintas, con la pretensión de alejarse de cualquier atisbo de ampulosidad, y que narraba la vida en las ciudades en ruinas, en los campos de prisioneros, las sensaciones de quienes regresaban de la guerra, de hombres y mujeres extraviados en la nueva realidad, pasmados ante la destrucción externa e interna. Sus máximos exponentes fueron Wolfgang Borchert, Heinrich Böll o Hans Erich Nossack. Ilse Aichinger siguió otro camino, adoptó decididamente el punto de vista de la máxima fragilidad y exposición a la muerte con una prosa que daba entrada a lo fantástico y onírico e introducía un universo poético, de gran vuelo, con un lenguaje al mismo tiempo sumamente depurado y preciso.

También este volumen, *El atado*, está marcado, aunque no se denote explícitamente, por la experiencia de la guerra. Está allí en prácticamente cada una de sus líneas, en las vidas y situaciones que se despliegan y se iluminan ante el trasfondo de la muerte. Encontramos, por ejemplo, en el «Discurso bajo la horca» un claro paralelismo con la propia situación que vivieron Ilse Aichinger y su madre, esperando en aquellos años la llegada del verdugo en cualquier momento. Los relatos de *El atado* presentan un mundo inquietante, inseguro: el nuestro. Pero en el mundo de paradojas de Ilse Aichinger, al comienzo está la muerte y al final el nacimiento, la esperanza.

## Narrar en este tiempo

Quizá resulte extraño que una serie de relatos se reúna bajo el título de *Discurso bajo la horca*.<sup>\*</sup> Y más extraño resultará que se quiera definir el narrar en sí como un hablar bajo la horca. Muchos relacionan precisamente con el concepto de narrar una idea de bienestar, de un fuego suave que les calienta las manos.

O hablan del flujo de la narración y se refieren al río que transporta, que tiene orillas amables a derecha e izquierda a las que pueden volver cada vez que lo deseen para ver luego la corriente fluir plácidamente.

Y después lamentan que el narrar haya acabado, que hoy en día ya no existan las verdaderas historias.

La comparación con el río sigue siendo acertada. Pero quien compara hoy con ríos los relatos debe pensar en ríos más torrenciales, con orillas escarpadas y pedregosas a las que nadie que se haya atrevido a saltar a la corriente pueda regresar con facilidad. Y quizá también en ríos fronteri-

<sup>\*</sup> Título de la primera recopilación, publicada en Viena, de algunos de estos relatos. Véase la «Nota editorial» al final del presente volumen. (*N. del T.*)

zos. Las orillas que para muchos significaban hasta ahora seguridad, se han convertido en amenaza, y al río ya no le tiente quedarse allí jugando, sino que le urge llegar cuanto antes al mar.

Por tanto, para el narrador, hoy en día el peligro no reside en la prolijidad, sino en no ser ya capaz de abrir la boca ante la amenaza y bajo la impresión del final.

Pero ¿no han significado las orillas siempre fronteras para el río? ¿No ha dependido cada uno de sus meandros siempre del cauce en que no descansa? ¿Y no han estado determinadas todas las historias que se han contado por fronteras y por fronteras amenazadas?

Todos los ríos se dirigen al mar, aunque quizá no se dieran cuenta quienes se hallaban a su vera. La forma nunca se creó a partir de un sentimiento de seguridad, sino siempre a la vista del final. Esto puede servirnos de consuelo ahora que nuestras fronteras se nos manifiestan de manera dolorosa y ahora que quizá afrontamos más directamente el final. Y eso nos sirve de estímulo.

Si lo entendemos de modo correcto podremos darle la vuelta a aquello que parece apuntar contra nosotros, podremos comenzar a narrar precisamente desde el final y hacia el final, y el mundo volverá a desvelarse para nosotros. Entonces hablamos, cuando comenzamos a hablar bajo la horca, sobre la vida misma.

Aunque los siguientes relatos tengan en apariencia pocas cosas en común, sí los une el hecho de que casi todos han sido escritos desde ese punto de vista.

Se desarrollen hoy o hace cien años, en la guerra o en la paz, en la luna o en la estación del metropolitano de una

gran ciudad, todos se desarrollan claramente desde el final y hacia el final.

En una de estas historias hay una muchacha que muriendo revive su vida como en un espejo, que conoce a un amigo cuando lo ve por última vez y se separa de él cuando lo ve por vez primera, a la que al final vuelven a crecerle las trenzas y que en cada examen ha de olvidar cada vez más lo que sabía hasta que finalmente en el momento de la muerte viene al mundo.

De este modo todos aquellos que han vivido de alguna forma la experiencia de una muerte cercana no pueden dejar de pensar en esa experiencia, no pueden, si quieren ser sinceros, consolarse a sí mismos y a los otros amablemente de lo sufrido.

Sin embargo, pueden utilizar su experiencia como punto de partida para redescubrir la vida para sí y para los demás.